

# Una reseña desde los afectos

Samuel Andrés Arias V.

Médico y escritor. Instituto Nacional de Cancerología. Bogotá, Colombia.

Hace pocos minutos terminé de leer *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince. Quisiera poder escribir con objetividad sobre su estructura narrativa, la evolución de la obra del autor, la relación de este libro con la de otros escritores que le han escrito a su padre; que si es una novela, una biografía, un perfil, unas memorias; pero no puedo, y no tendría mucho sentido, pues está escrito desde los afectos y desde los afectos escribo también esta nota.

En 1987, año en que asesinaron a Héctor Abad Gómez, yo tenía catorce años. Tal vez la noticia la haya visto en la televisión, pero para mí no habrá significado mucho. Mis prioridades eran las aventuras a campo abierto, como voluntario juvenil de la Cruz Roja, y a campo cerrado, íntimas, naturales de la ebullición hormonal de la adolescencia. La muerte de líderes sindicales, de defensores de derechos humanos, el exterminio de la Unión Patriótica no era parte de mis preocupaciones juveniles.

En el 2001 ingresé a la Facultad Nacional de Salud Pública Héctor Abad Gómez a estudiar la maestría en epidemiología. En esos catorce años mis expectativas cambiaron de ser un héroe que rescataba heridos y muertos en las faldas de Monserrate al deseo de hacer un trabajo que tuviera una repercusión más amplia sobre la salud de las poblaciones.

Dice Héctor Abad Faciolince en su libro que su padre “soñaba con que hubiera un nuevo tipo de médico, un *poliatra*, decía él, el sanador de la polis, y quería dar ejemplo de cómo debía comportarse ese nuevo médico de la sociedad, que no se ocuparía de atacar y curar la enfermedad, caso por caso, sino intervenir en sus causas más profundas y lejanas”. Un deseo similar fue el que me impulsó a convertirme en epidemiólogo después de conocer, en mi práctica rural y como médico general en los Llanos Orientales y las selvas de la Amazonía, las condiciones y desventuras que viven muchos colombianos, con la fe de poder contribuir de manera más eficaz a la solución de los problemas de los colectivos humanos y no solo de los individuos. O expresado de manera más simple por Héctor Abad Gómez en su tesis de grado (y transcrito por su hijo en *El olvido que seremos*): “La epidemiología ha salvado más vidas que todas las terapéuticas”.

Héctor Abad Gómez es el icono de la salud pública y de la lucha por los derechos humanos en la Universidad de Antioquia y en el país. La

Facultad Nacional de Salud Pública lleva su nombre y su busto es testigo de todos los movimientos desde el centro del jardín principal del edificio. El fenómeno es similar a las millones de imágenes del Che que vemos en afiches, pocillos, camisetas y gorras, pero que a la hora del té muy pocos saben algo de él. Asimismo pasa con Héctor Abad Gómez en la universidad. Para algunos estudiantes, el único significado que representa el maestro es la foto obligada que hay que tomar junto a su estatua como prueba de que se han graduado.

Cuando llegué a Medellín no sabía mayor cosa de él: que había sido un gran salubrista, fundador de la Escuela Nacional de Salud Pública hacía casi cuarenta años y que había muerto por defender los derechos humanos en Antioquia, nada más. A pesar de ser el gran héroe de la facultad, durante la maestría, en ningún curso se propuso alguna de sus obras como bibliografía.

Hace varios años, en una feria universitaria del libro, encontré en oferta la compilación de sus escritos en el *Manual de tolerancia*, editados por la Universidad de Antioquia. La curiosidad por descubrir quién había sido el hombre que mereció que una Facultad llevara su nombre me hizo comprarlo en la sección de ofertas por la ínfima suma de dos mil pesos.

Aunque el libro esta conformado por una serie de escritos que probablemente no tenían la intención de ser publicados en un solo volumen, y por eso no guardaban una unidad temática coherente, sí conservaban una unidad ética. En todos era clara la postura honesta, transparente y, casi siempre, romántica del profesor sobre la vida, la medicina, la salud pública y la política. Uno de sus textos en especial me ha marcado en mi breve carrera docente; fue el artículo “Hace quince años estoy tratando de enseñar”. Transcribo su último párrafo:

El mero conocimiento no es sabiduría. La sabiduría sola tampoco basta. Son necesarias la sabiduría y la bondad para enseñar y gobernar a los hombres. Aunque podríamos decir que todo hombre sabio, si verdaderamente lo es, tiene que ser bueno. Porque la sabiduría y la bondad son dos cosas íntimamente entremezcladas. Lo que deberíamos hacer los que fuimos alguna vez maestros sin antes ser sabios, es pedirle humildemente perdón a nuestros discípulos por el mal que les hicimos.

Desde el día en que lo leí, de cuando en cuando, agobiado por la lucha de clases en la universidad: clase por la mañana, clase por la tarde y clase por la noche, o por los proyectos de investigación que estaba ejecutando, me de-

tenía un rato frente a la imagen congelada del maestro en el patio de la facultad y le preguntaba desde mis adentros si estaba haciendo bien la tarea; si mi esfuerzo y cansancio contribuirían en algo a defender los ideales que él tenía y que comparto. La respuesta... mía, no desde el más allá, era variable, a veces positiva y otras tantas negativa. Pero el solo hecho de preguntármelo era un indicio de autocrítica (tan difícil en los profesores universitarios), que me ayudaba a no caer en la trampa común del ejercicio docente e investigativo frío y mecánico.

La reflexión es frecuente y necesaria. Cuando la calidad de la educación superior pública continúa decayendo vertiginosamente, las condiciones de los maestros e investigadores son más paupérrimas y el acceso de los jóvenes a la universidad es más restringido, el pensamiento de Héctor Abad Gómez es urgente. Cuenta su hijo que en la última columna que dejó preparada para el periódico El Mundo de Medellín decía: “Vivimos una época violenta, y esta violencia nace del sentimiento de desigualdad. Podríamos tener mucha menos violencia si todas las riquezas, incluyendo la ciencia, la tecnología y la moral —esas grandes creaciones humanas— estuvieran mejor repartidas sobre la Tierra. Este es el gran reto que se nos presenta hoy, no solo a nosotros, sino a la humanidad”.

Hace más de un año que no trabajo como profesor de tiempo completo en la Universidad de Antioquia. Me trasladé a Bogotá, he trabajado como epidemiólogo en una aseguradora de salud y desde hace pocos meses coordino el área de investigaciones del Instituto Nacional de Cancerología y mantengo algunas labores de cátedra con la misma universidad. Siempre, periódicamente, me viene la imagen en piedra de Héctor Abad Gómez y me invita a la misma reflexión: ¿sí estaré haciendo con mi trabajo algo que valga la pena? No lo sé, pero la fe, la ilusión, ingenua o franca, de que lo estoy intentando me mantiene a flote en la cotidianidad.

*El olvido que seremos* me ha permitido conocer el lado más humano del maestro, presentado por el sesgo afectuoso de su hijo. Su intención, más que hacer gran literatura, que no es excluyente, es desatorarse de esa deuda que tenía con su padre y su pasado y permitirnos reconstruir no solo la historia íntima del hombre y su familia, sino los oscuros recovecos que llevaron a exterminar buena parte de la inteligencia del país en la década de los ochenta.

Dice el autor en el último párrafo:

“Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que yo he sentido (y dejaré de sentir) es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más, en el fugaz

reverberar de sus neuronas, gracias a los ojos, pocos o muchos, que alguna vez se detengan en estas letras”.

Noviembre del 2006